

Las andanzas de Cela en Cebreros

Una novela inédita de Félix de González.

APENAS encontró información escrita, sino de las tres veces que pasó por la Villa Isabel la Católica y de los diferentes dueños que disfrutaron de sus diezmos: unas veces el obispado, otras el Condestable Mayor de la Orden de Santiago, D. Álvaro de Luna, y otras el rey. Pero lo que más le entusiasmó a Cela fue la polémica en torno al topónimo de Cebreros, todavía no resuelto por los eruditos. Doña Pepita escucha atentamente, y Montse me mira como diciéndome déjales hablar a ellos, que no les das tiempo para que hablen. Probablemente -prosigue, sin hacerle mucho caso a Montse-, Cela interrogó a los viejos del pueblo, del mismo modo que hice yo para obtener información sobre él, y debió de dar por buena la leyenda que le contaron de la cabra, en lugar de molestarse en hojear el Libro de la Montería de Alfonso XI, en el que leemos que fue un oso el animal que perseguía el rey por la sierra Merina, y no una cabra montés. Desconocía esa historia -deja caer don Óscar-, masticando una tajada de pollo al ajillo. Después de darle vueltas y vueltas -aseguro-, Cela aventuró su opinión al respecto en un apunte y, para ello, se apoyó en las versiones ya existentes del padre Bernaldo de Quirós. ¿Le sirvo un poco de rioja, joven? -me interrumpe don Óscar con la botella de vino empinada-. Vale -acepto gustoso-, gracias, para mejor pasar el pollo. ¿Sabe, don Óscar?, he disfrutado mucho escuchando atentamente a mis paisanos, como ahora escuchándoles a ustedes, pero me dolía que lo criticaran, que sólo se fijaran en sus exabruptos, que, incluso, algunos

no quisieran hablar de él porque de los muertos sólo se puede hablar bien o no hablar, pero sobre todo me dolía que no hubieran leído ni uno sólo de sus libros. Don Óscar me mira con ese doce por ciento de vista y se queda pensativo. ¿No cree usted que debemos separar al artista de su obra? -busco corroboración en sus ojos-.

Está rico, ¿eh? -se alegra don Óscar, sin prestar mucha atención a mis palabras-. Sí el pollo está bueno, y el vino también -asiento, con el regusto del vino en el paladar-. La verdad -pienso para mí-, no entiendo cómo pueden poner un vino de rioja en un menú tan barato. Quizá es que a ellos les dan un trato especial. Aquí les conoce todo el mundo. No paran de saludar a todo el que entra y sale. La gente se desvía para venir a saludarlos.

Mientras doña Pepita y don Óscar saludan ahora al director del club de golf número uno de la Moraleja, me entretengo mirando a

través del gran ventanal del restaurante que da a la terraza, llena de mesas y sillas apiladas, por donde no cesan de cruzar grupos que se dirigen al campo de golf bajo sus paraguas de propaganda, equipados con cestos llenos de palos, pisando los pequeños charcos que ha formado la lluvia sobre el cemento. La lluvia: es una lluvia fina y constante.

Todo el día lloviendo sin parar, y el accidente...: era muy joven, me había dicho Montse, y cómo puedes saberlo, le pregunté. Sí, por la vestimenta y la envergadura. ¡Pero, si estaba tumbado en el suelo y llevaba el casco puesto...! Además, era una mujer, lo sé -me había dicho-. Cuánto me gustaría ir al tanatorio, bueno, mejor al hospital (ojalá que no sea grave) y descubrir si en verdad era mujer y joven, y demostrarle a Montse que no siempre lleva razón y que eso de la intuición femenina son tonterías. Así que -interrumpe don Óscar mis

pensamientos-, ¿le gusta el vino? Sí, está muy bueno -digo la verdad-. Yo siempre tomo un poquito de vino para comer, aunque solamente una copita. A nosotros -interviene doña Pepita-, nos gustaba mucho el vino de Cebreros. ¿Siguen ustedes teniendo tan buen vino en el pueblo? Ya lo creo: mucho y bueno -declaro sin dudar-. Los hombres se divertían en las bodegas -rememora doña Pepita, la vista entornada, el rostro apacible, como si se zambullera en un mar de años-. Sí -asegura don Óscar-, uno de los lugares más frecuentados por Cela durante su estancia en Cebreros fueron las bodegas, donde se hartó a beber vino mojado en pan: «El escritor bebe vino en una bodega, al lado de los amigos, y distingue la sed de los cuerpos de la de los campos, la sed de la carne de la de las tierras, la sed de vino de la sed de agua», escribió una vez en Cebreros, pero también en su Viaje al Pirineo de Lérida di-

ce: «...la vigorosa salud que reporta la frecuentación prudente de bodegas». Cebreros -me enorgullecó-, posee el noble título de Villa del buen vino, que hasta el prior de San Lorenzo del Escorial aconsejó el vino de Cebreros al secretario de Felipe II, como igual de bueno que el mejor de España, de las variedades albillo, garnacha y chelva. Cómo se ve que ama usted a su pueblo, joven -me da don Óscar un golpecito en el hombro-. Nosotros también tenemos un recuerdo muy grato de Cebreros -evoca-. ¿Se conservan todavía las bodegas? Ya sabe usted que antes cada casa del pueblo tenía una bodega; cuatrocientas, se contaban, donde la gente pisaba su propio vino que luego intercambiaba por tomates de San Bartolomé de Pinares, melocotones de Navaluenga y piñones del Hoyo de Pinares. Ja, ja -se ríe doña Pepita-, cada casa tenía una bodega y una cuadra. Era gracioso ver al burro entrar por la puerta princi-

Ilustraciones de Marín García.



pal de la vivienda y atravesar el pasillo hasta la cuadra. Calefacción central -se ríe de nuevo doña Pepita-. Yo he oído hablar a mi tío Antonio -intervengo-, de las bodegas, pero no las he conocido en

su apogeo. La de mi familia la tiramos, como tantas. Una de las mejor conservadas es la de Tomás Lorenzo, y en alguna de sus tinas se puede leer que por allí pasó el gran Cela, poeta y escritor de

mérito. Sí, joven -confirma don Óscar-, Camilo se conocía muy bien todas las bodegas. Por cierto -les pregunto a don Óscar y a doña Pepita-, ¿conocen ustedes la anécdota de Tomás Lorenzo y Ce-

la? Pues, no -contestan al unísono con sendos movimientos de cabeza-. Tomás Lorenzo -prosigue cuenta que una vez fue a pedirle a Cela que le ayudara con lo de la mili. Por aquellos días, acababa de cumplir la edad de incorporarse a filas y había oído decir que Cela tenía muchas influencias con un coronel del ejército, así que se presentó en su casa de Ríos Rosas acompañado del hijo de Mariano el médico y de una arroba del vino que más le gustaba. El caso es que Cela les recibió en su despacho con mucha amabilidad y cariño, pero, cuando supo a lo qué venían, los mandó a tomar por el culo y se quedó con la garrafa de vino. ¡Ah! -exclamo ufano-, también estuvo en la bodega de mi abuelo Quico, el de la bandurria, por lo menos dos veces, una el día que vino a dar un concierto en el Cabildo un tal Angelillo (famoso cantautor de aquella época; tanto como lo pueda ser ahora Julio Iglesias). ¡Me lo va usted a decir a mí, joven -me corta don Óscar, ofendido-, que era de mi quinta! Hombre, yo... Sepa -insiste don Óscar- que el Angelillo protagonizó varias películas famosas: La canción que tú cantabas y Centinela alerta; pero, después de la guerra, como se le consideraba simpatizante de las izquierdas, no se le nombraba en los carteles, en un afán de represión moral silenciadora de nombres, y se le citaba como «el protagonista de tal o cual película». Vale, disculpe -retomo el argumento-, y entonces el tal Angelillo fue a proponer a mi abuelo que estrenara con él sus colombianas: «Dame esa rosa que llevas...».

Lo único que había para comer eran uvas, higos y aceitunas, me había dicho mi tío Antonio en la cafetería del Hotel Draco's, mientras discutía de toros con su amigo el taxista de la Elipa:

-El Chato Palencia era un artista -aseguraba el taxista con un palillo entre los dientes.

-Como el Cordobés no lo ha habido -porfiaba mi tío Antonio sin quitarse la colilla de la boca.

-¿Qué dices? El mejor ha sido Paco Camino.

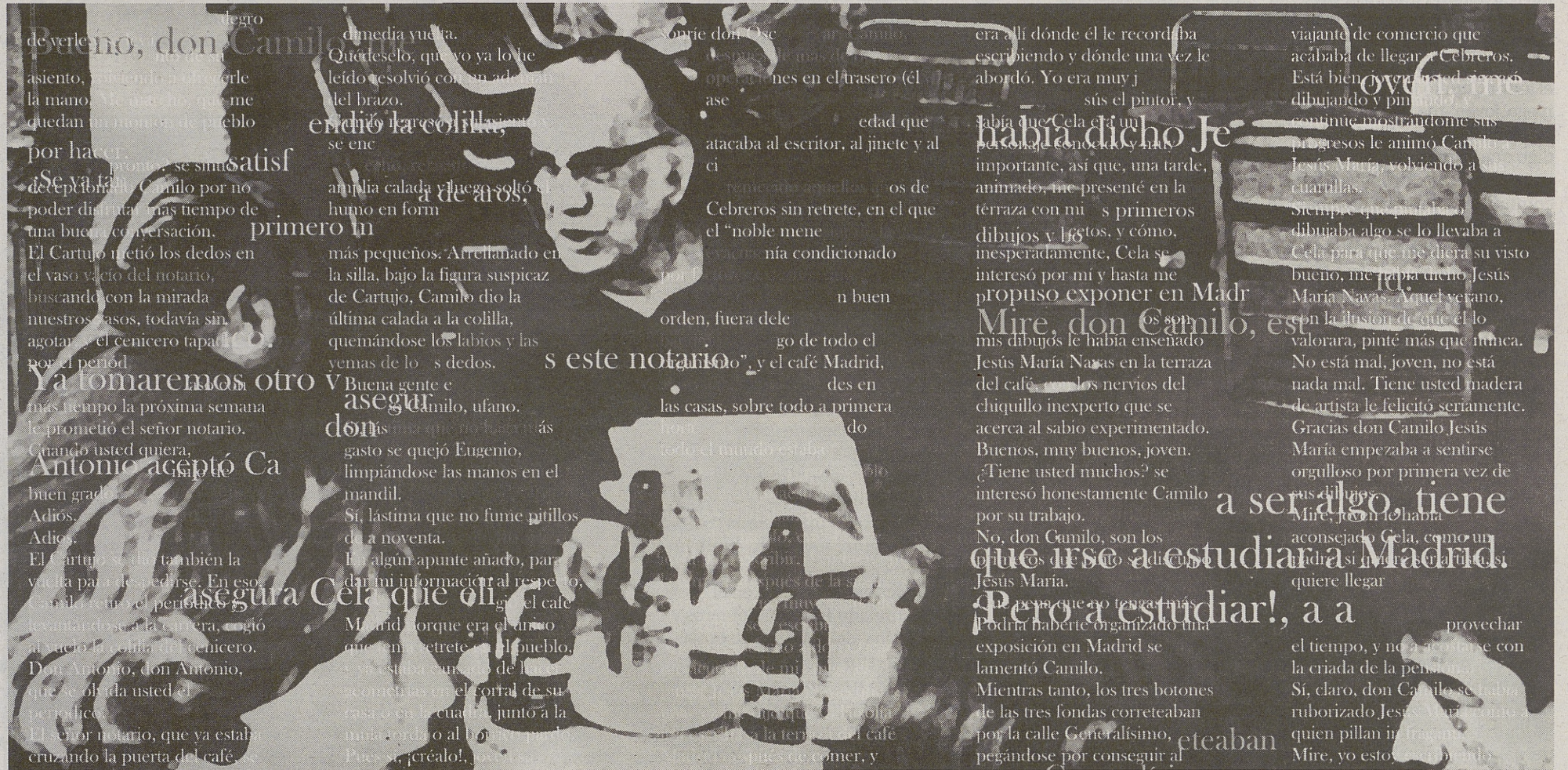
-¡Bah!, Dominguín... el mejor. -Esos a Manolete no le valían ni pa los recaos.

Recuerdo que a mi tío Antonio se le saltaban las lágrimas al reconstruir aquella escena, y me confesaba en voz baja que Blanca, la hija gitana de Angelillo, fue casi novia suya esa noche, antes de que lo fuese mi tía Antonia, que nos miraba un tanto mosqueada. ¡Oiga! -se alegra don Óscar-, tiene usted un montón de información en su familia, ¡no se queje tanto! No, si yo no me quejo, pero no vea usted lo que me ha costado. Hombre, el que algo quiere algo le cuesta, como dice el refrán. Ja, ja. Doña Pepita le da golpecitos a su marido en la mano, y don Óscar coge de nuevo los cubiertos, sin muchas ganas.

Dice usted que Camilo estuvo al menos dos veces en la bodega de su abuelo Quico -se interesa de pronto don Óscar-, ¿cuál fue la segunda? Según mi tía Margarita -le informo encantado- una vez vino Cela a visitar a mi abuelo y lo encontró haciendo calabazas para el vino. A Cela la calabaza le pareció muy rústica y mi abuelo Quico subió al sobrao y le regaló una. Mi tía Margarita recuerda que a Cela le gustaba majar y pimplarse bien de todo y que mi abuelo le envolvió la calabaza en una piel húmeda de cabra, para que se conservara fresquito el vino. No ponga usted esa cara tan descreída, don Óscar, que esto es verídico, como dicen mis paisanos. Cela cita a mi abuelo en su apunte Un pueblo y también dedica otro apunte a las dos rondallas de Cebberos, en una de las cuales tocaba mi abuelo. Le creo, joven -me concede don Óscar-, aunque no tengo constancia de haber conocido a su abuelo. ¡Yo tampoco le conocí! -me lamento-, pero lo que le cuento es verdad. Mi abuelo Quico amenizaba con su rondalla la mayoría de las juergas que se corrían en las bodegas. Hombre -rememora don Óscar-, yo recuerdo haberme entretenido con la bota de vino, el pan de serrín y los higos, y haber oído a los músicos, pero no reparé en ninguno de ellos. Pues, según mi padre -le aseguro-, cuando mi abuelo Quico tocaba la guitarra «la hacía hablar y parecía que tocaban dos o tres». Montse me mira, se ve que le hace gracia lo que digo, ¡ya hablaremos de eso en casa, cuando estemos solos!

Doña Pepita terminó su pollo al ajillo hace tiempo; Montse casi lo ha terminado ya, pero nosotros no, don Óscar y yo, no hemos terminado aún. Andrés el maître revolotea alrededor de nuestra mesa fingiendo que va a dejar una pila de servilletas en el aparador de roble que está detrás de doña Pepita. «Aunque Cebberos ignoraba el agua, el vino sobraba» había escrito Cela -presumí, llamando la atención de todos-. Él debía de recordar muy bien la época de la vendimia en Cebberos, cuando los cebbereros pisaban la uva en las bodegas, el olor a mosto, los sacos con el estrujón a las puertas y las moscas veraniegas borrachas de





alcohol. Las famosas moscas de Cebreros... ¡Ah!, no me hable usted de las moscas, joven -me reprocha doña Pepita-. Precisamente -lo traigo yo a colación-, la idea de este libro, que no sé si escribiré alguna vez, surgió, en parte, por culpa de las moscas. Explíquese -me ruega don Óscar, mientras mira a su esposa-, y vuelve a quitarse las gafas para empequeñecerme. Los cebrereños -viene Montse en mi ayuda-, creen que Cela habló muy mal de Cebreros porque decía que era «el pueblo de las moscas». Pero eso es verdad -defiende rotundamente doña Pepita-. Déjale que se explique, Pepita -le ruega su marido-. Vale -le concede doña Pepita a su marido-, pero, tú come, que a este paso vamos a unir la comida con la merienda. Prosiga, joven. Por lo que yo he comprobado -continuó sin dar mérito a la tensión entre el marido y la mujer-, son pocos los cebrereños que tienen un buen recuerdo de Cela. Al parecer, Cela había hecho un flaco favor al buen nombre de Cebreros al referirse a las moscas en uno de sus «apuntes carpetovetónicos», y era un desagradecido, un deslenguado y un sinvergüenza, y todo lo que había escrito a partir del Nobel no era digno de ser leído.

No será para tanto -me interrumpe don Óscar con una tajada de pollo en la boca-. Bueno -admito, dándomelas de tolerante-, cada uno tiene su opinión y yo, aguijoneado por desmentir este pensamiento en el que coincidían muchos de los que le trataron, aunque estoy seguro de que no llegaron a conocerlo bien y, menos aún, a leerlo, resolví recopilar todos los «apuntes carpetovetónicos» y todos los textos en los que Cela citaba a Cebreros, que no eran pocos, y dárselos a leer al pueblo en una Jornada sobre Cela -que acabó siendo la primera lectura pública de *La Colmena*- con el fin de borrar la idea equivocada que tenían sobre él, para que conocieran las muchas cuartillas dedicadas al pueblo, y si había dicho algo malo era poco y sacado de contexto: «Ce-

breros -este pueblo que el escritor amará con su pluma y con su corazón, pese a todos los eternos aficionados a tomarse el rábano por las hojas...», escribe Cela en su apunte Carnaval en Cebreros. Don Óscar y doña Pepita me miran atentamente y a Montse se le nota orgullosa de verme defender a Cebreros con tanto ímpetu. Y, efectivamente -me extiendo, sabedor de que tengo la atención de todos-, muchos tomaron el rábano por las hojas al leer, o, más bien, al leer de oídas, el artículo Relativa Teoría del Carpetovenismo en el que Cela habla de las moscas que se arremolinaban en torno a las banastas de uvas, en aquella época en la que teníamos catorce millones de cepas, la vendimia se alargaba hasta la estación de las nieves (porque se vendimiaba con burro y mula) y producíamos tanto vino que venían camiones de Burgos, Valladolid y León a cargar a la «playa», como llamaban entonces al contorno de la Iglesia Nueva, en cuya pared los mozos del pueblo, por las noches y con permiso del señor párroco, jugaban a pelota mano. Todo eso está muy bien -me contradice doña Pepita, que estaba deseando saltar-, pero en Cebreros había muchas moscas, ¡me lo va usted a decir a mí, que lo viví! Quizá había moscas, no se lo niego -le concedo a doña Pepita-, pero, al contrario que las moscas que pudiera haber en otros pueblos de la España de la posguerra, como las del Madrid de *San Camilo* 1936, que había a montones, éstas no eran unas moscas cualesquiera, no, señora, sino unas moscas aristocráticas, moscas descendientes de las que se le cayeron en la sopa a Isabel la Católica el día que vino a Cebreros a malparir, moscas históricas, guerreras e imperiales a las que hay que tratar con mucho miramiento y reverencia. Bueno, bueno -le quita mérito doña Pepita, satisfecha,

ahora, después de comer-, moscas, al fin y al cabo. Eso -sostengo un tanto azorado-, es lo que dice Cela en su apunte. Fíjese -se anima doña Pepita al verme dudar- si había muchas más moscas de lo normal en Cebreros que una vez quedamos con mi hermano pequeño, allá, a mediados de los cuarenta, ¿te acuerdas, Óscar?, para que conociera el pueblo y quisimos gastarle una broma a costa de las moscas. Sí, me acuerdo -ratifica don Óscar, sonriéndose-, tú siempre igual, ya desde entonces. ¡Cuéntaselo, cuéntaselo! Doña Pepita me mira como diciendo si no come no se lo cuento, y yo cojo el tenedor y pincho una tajada de pollo y me pongo a comer. Bien -prosigue doña Pepita al vernos a todos con los ojos en el plato-, pues le dije a mi hermano pequeño lo curioso de

«AUNQUE CEBREROS IGNORABA EL AGUA, EL VINO SOBRABA», HABÍA ESCRITO CELA

Cebreros es que no hay moscas, es curiosísimo, no hay ni una mosca, y él me dijo, ¡ah!, pues, tengo una idea: qué te parece si lleno un tarro de moscas de Madrid y las soltamos en Cebreros, para que críen. Yo me hice la tonta, y le contesté como quieras. Cuando llegamos al pueblo, mi hermano estaba inquieto por soltar las moscas que había cazado en Madrid, moscas urbanas y señoritas. Nada más salir mi hermano a la calle, orgulloso con su tarro en la mano, se acercó un grupo de niños a ver qué llevaba. Entonces él les mostró las moscas y destapó de golpe el tarro. Imagínense ustedes cómo corrían los niños del pueblo detrás de mi hermano pequeño lanzándole piedras. ¿No le harían daño? -me intereso-. No -se ríe doña Pepita-, simplemente fue que se lo tomaron a mal. No supieron aceptar una broma, como luego tampoco mi hermano conmigo. Hubiera o no hubiera moscas -concluyo mi opi-

nión sobre el asunto-, lo cierto es que, para los cebrereños que he entrevistado, las moscas quedaron ligadas al nombre de Cela. Pero no se extrañe usted, joven -se disculpa don Óscar-, si hacíamos las necesidades en el corral de las casas. Y las mujeres en las cuadras -agrega doña Pepita-, junto al burro, que un día me mordió la falda mientras orinaba; y las aguas mayores y menores corrían por el canalón de enfrente de nuestra casa de la calle de los Mesones. En efecto -corroboro, ahora más contento-, creo que la acometida del agua corriente y el alcantarillado de la primera calle, la del Generalísimo, no se llevó a cabo hasta 1952. Nosotros ya no estábamos en Cebreros por aquella época -se acuerda don Óscar-. Cela tampoco -revelo yo, y continuó con mis descubrimientos-. El caso es que después de haber leído buena parte de la obra de Cela no podía entender cómo los cebrereños le tenían tan poca estima con lo mucho que había querido él al pueblo. Que quizá no les gustaba la España que describía, la España de la hambruna, de la cartilla de racionamiento, de la reconstrucción de un país partido por el odio... Camilo se enorgullecía -me corta don Óscar, mientras reconstruye alguna escena- cuando notaba en el aire la alegría de los cebrereños al acercarse las fiestas del pueblo: «...las honestas gargantas campesinas que trabajan durante un año para gozar durante un fugaz y brevísimo día». Camilo amaba al campesino de Cebreros, al campesino de Castilla y León y veía en él la esencia de la España de la posguerra. «Ese campesino que, terne que terne a la nieve y al sol y presentando al secular e inmerecido mal tiempo, la buena cara de todas las esperanzas y de todas las redenciones, sabía estrujar, como nadie, la alegría insospechada que le entraba por la puerta». Ese joven

campesino, viejo antes de tiempo, a quien su padre, como anteriormente el padre de éste le había mandado a él, le daba un azadón y le mandaba al campo donde pasaba todo el día trabajando, después de desayunarse un puchero de sopas de ajo, un trozo de tocino y pan duro, trabajando muchas veces a lo tonto, sin ton ni son, trabajando para su padre, siempre para su padre, que a veces tenía y no les quería dar nada. Ese campesino que cuando se casaba no le quedaba otra alternativa que emigrar a la ciudad o soñar con ir a Australia, donde daban muchas facilidades a las parejas, o que para sacarse una muela tenía que hacer horas extras abriendo morteros. Ese campesino que enderezaba el espinazo para saludar al viajero, campesino cebrereño dechado de virtudes, de sabiduría milenaria, de hondura humana, que cuando regresaba por la noche del campo, y al ver la tenue luz de las velas a través de la ventana de los Cela, comentaba siempre que ya está el escritor dándole a los codos a esas horas. Aquellos campesinos a los que tantos escritores han cantado, a veces exageradamente, que le recordaban a los sufridos marineros y pescadores de su Galicia natal; aquellos campos castellanos que Camilo veía como mares de trigo y cepas de garnacha... Quizá -le permito a don Óscar que tome aire-, mis paisanos estaban influidos por la imagen grosera y polémica que algunos medios de comunicación habían difundido, como reconoce su amigo Francisco Umbral cuando dice que la crítica no ha sabido entender a Cela y que el personaje ha podido a la obra, o quizá fueron los gobernantes de aquella época que sembraron tan mala fama que prosperó de padres a hijos y llegó hasta los nietos después de transcurridos más de cincuenta años, porque los personajes que pueblan sus libros, los que aparecen retratados en sus novelas y apuntes son, en efecto, los trabajadores de sol a sol, la gente sencilla, los humildes, los que representan a la otra Espa-

ña, a la España que pasa sin dejar constancia escrita, los que no cuentan pero que son los que cuentan de verdad, al menos para el autor Camilo José Cela. No se lo niego, joven -me responde don Óscar con nostalgia-. Es posible. Ya le digo que Camilo, a veces, para forjarse una fama que los medios de comunicación caricaturizaban, se creó un personaje de sí mismo que, en ciertos momentos, interpretaba para dar carnaza a los buitres. ¿No cree usted, don Óscar, que pudieron ser los poderosos de Cebros los que lanzaron la consigna de que Cela habló muy mal del pueblo? Nunca lo sabremos, joven. ¿Podría ser, don Óscar, que a los gobernantes de aquella época, de los que dice Cela en algún papel que eran unos monterillas cerriles que tenían al vecindario acojonado y en un puño, no les interesara un escritor que les hacía frente con su pluma y dejaba constancia de ello por escrito? Puede ser, joven. Me consta, don Óscar, que a Cela lo echó una vez el alcalde a garrotazos. ¡Sí, no ponga usted esa cara de extrañeza! Lea el apunte *Vísperas de fiesta* donde dice: «...déjense los garrotos duros como el pedernal adornando la honesta cocina de campaña que no son días los que se avecinan para tomarle a nadie la medida de las costillas», lo que demuestra que Cela probó el garrote o en sus lomos o en los de algún amigo cercano. No me consta, joven -niega don Óscar, sin dejar de comer-, quizá fue después de marcharnos nosotros de Cebros, cuando él me devolvió la llave de mi casa y se estableció allí por

hoja con mala leche.

-Hombre, yo lo entiendo, es como la clasificación de medicinas -le quitó la razón Mariano.

-En el arte no existen clasificaciones que valgan, ¡coño! Son ganas de enredar -protestó Camilo, y descruzó las piernas.

-¡Cálmate! -le pidió Mariano, con la paciencia de un médico.

-Mira lo que escribe aquí este retrasado mental -y le mostró una página del *Abc*-: que disfruto escribiendo de lo que el hombre fino debería callar, que me regodeo en el mal gusto... ¡Estos tíos nunca entenderán nada!

-Reconoce que tu Pascual es un poco bestia... -le insinuó Mariano con un pequeño bamboleo de la cabeza.

-Tú tampoco entenderás nunca nada, Marianillo -le dejó Camilo por imposible-. A mí lo que me pasa es que me hacen gracia ciertas cosas que son tabú o que escandalizan a los petimetres, a los cursis y a los botariques, y, como me hacen gracia, trato de quitarles hierro, de sacarlas de ese rincón escondido donde las tienen confinadas los timoratos -Camilo se apoyó en el respaldo de la silla y volvió a cruzar las piernas ensayando una postura de conferenciante de café-. Mira, Marianillo, el pueblo lo que quiere es espectáculo. La gente es tan idiota que va a mis conferencias como a las corridas de toros, a ver si le pilla el toro al pobre torero. Sí, Marianillo, la gente está más pendiente de ver si hago algo gracioso que de reflexionar sobre lo que digo. ¡Pero, bueno, que hablen de uno aunque sea

grabada en relieve del Alcázar de Toledo. Camilo, alegre, hinchó sus pulmones, avivó las ascuas casi extinguidas de su larga mecha naranja y encendió la colilla a punto de quemarle los dedos.

-No me cabe duda de que al final este alcalde entenderá que tampoco le interesa ir contra la costumbre -afirmó Camilo, achinando los ojos por el humo-. Sólo a un regidor loco se le ocurriría ir a darse de golpes contra el duro y a veces irracional muro de la costumbre.

Poco después de esta conversación, joven -se explaya don Óscar-, Camilo se decidió a escribir un artículo en el *Arriba* titulado *Toros en Cebros* y que le valió un tirón de orejas al director del periódico, Javier de Echarrí, por parte del por entonces gobernador civil de Ávila, Luis Valero Bermejo, Jefe Provincial del Movimiento. La carta decía más o menos así:

«Como consecuencia de un artículo que he leído hoy y que hace referencia a un pueblo de esta Provincia, te envío las siguientes cuartillas que confío puedas publicar. Basta mi firma. Desde luego, si os tacho de desprevenidos convendrás que es con razón.

«Recibe un fuerte abrazo de tu buen amigo y camarada».

Esta carta se la envió a Camilo al día siguiente, 7 de agosto, el Secretario General de Arriba (a quien, por cierto, Camilo contestó que bien poco le había dicho a un Ayuntamiento que se había dejado construir los saltos del Alberche, y ahora luchaba por el agua que corría en Gredos, entre Cuatro Manos y Cabeza de la Parra, con el solitario ademán del iluminado o del caballero andante, la mano a la espalda, la mirada lejos, etcétera) junto con las cuartillas a publicar del Gobernador, para que se diera por enterado y hablara urgentemente del caso con un tal Herráiz. Las cuartillas del Gobernador fueron publicadas el día 8 de agosto en este tono:

«En *Arriba* del día 6 de agosto, aparece bajo este título y firmado por C.J.C., una «carta» que éste, por el desprevenido diario, dirige al Ayuntamiento de Cebros. La opinión del brillante y respetado escritor y camarada, es buena, pero no para ser publicada y lanzada al pueblo, que ve en los «papeles» algo parecido al dogma.

«Por ello me veo en la obligación de refutarla por el mismo medio, para que todos aquellos que leyeren, sepan, que el escritor no justifica el que porque este año no haya toros de muerte en Cebros, haya un motín popular. No lo justifica, aunque lo parezca.

«Respecto a que su opinión es buena, quiero hacer la aclaración

«OYE, MARIANILLO, ¿SABES QUE POR ALGÚN PAPEL ME ESTÁN CREANDO FAMA DE TREMENDISTA»

su cuenta. Pero, don Óscar ¿no me negará que aquella España, la de entonces, era la España del garrote, la España del cintarazo (¿quién, que tenga ahora más de cuarenta años no ha probado alguna vez la hebilla del padre?), la España de la vara en el colegio, de los capones del director, del ordeno y mando...

O sea, don Óscar -vuelvo al ataque después de comer un rato sin decir nada-, que usted le dio a Cela la llave de su casa y él se vino a escribir a Cebros, sin más. Sí, así fue -asegura, sin dárlo importancia-. Me daba miedo mentarle a don Óscar que también había oído decir a algún cebroreño que Cela vino a Cebros desterrado por Franco, desterrado de Madrid, pero después de cómo se me había puesto cuando le dije lo de Mariano el médico... ¿cualquiera se atrevía! Entonces, a Mariano el médico lo conoció Cela en Cebros, ¿verdad don Óscar? -le pregunto, por picarle un poco-. Efectivamente, joven, así fue. A Camilo le gustaba rodearse de médicos, se ve que se sentía mejor. Una vez le dijo en el café:

-Oye, Marianillo, ¿sabes que por algún papel me están creando fama de «tremendista»? -le reveló mientras ojeaba el *Abc*.

-¡No me lo jures! -ironizó Mariano dando una calada a su cigarro.

-¿Qué manía de etiquetarlo todo! -se quejó Camilo pasando una

bien!

-Por cierto, ¿te has enterado de que el alcalde quiere quitarnos un día de toros? -cambió de tema Mariano, echándose en el respaldo de la silla.

-No se atreverá, Marianillo -se irguió Camilo en su asiento.

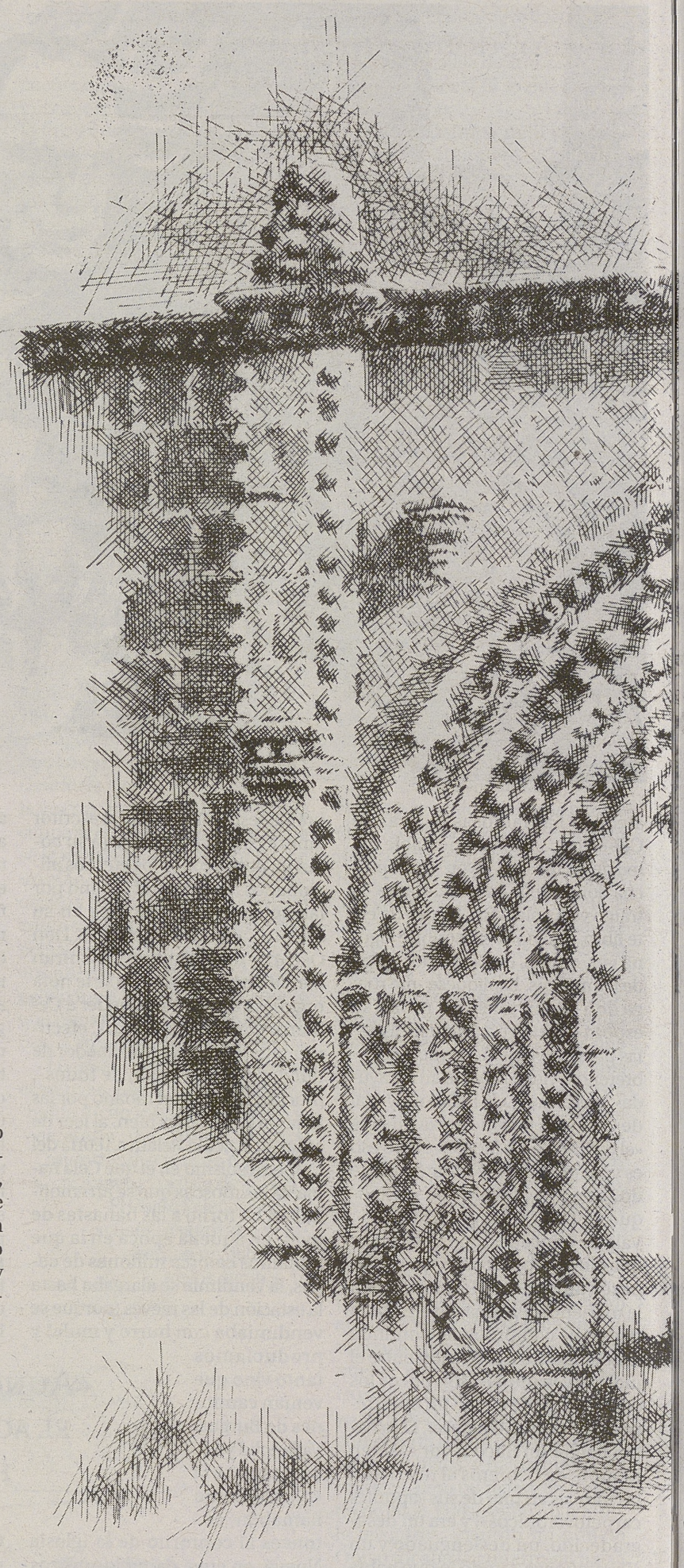
-Vaya que lo hará -le apostó.

-Tú que eres el médico, ¡ve a quejarte!

-A mí, cuantos menos toros, mejor -se contentó Mariano, apagando su cigarrillo en el cenicero del velador-. Menos problemas y menos guardias. Yo lo digo por mis paisanos que, después de que el pedrisco les dejó hecho cisco, ahora se quedan también sin toros, jodidos y sin paga.

-Te digo, Marianillo, que no se atreverá -porfió Camilo, volviendo a descruzar las piernas-. Mira, Isabel la Católica, que odiaba las corridas de toros, como no las ha odiado ningún rey, no se atrevió a prohibirlas, por prudencia y porque fue suficientemente lista para saber que no le interesaba.

Mariano el médico sacó tabaco y se lió su segundo cigarrillo de la tarde, un cigarrillo grueso, abundante, como el dueño. Con gesto decidido, Camilo, que esperaba ansiosamente el momento, le ofreció fuego de su chisquero y, pidiendo permiso a Mariano, que, paternalmente se lo concedió sin ponerle pegos, cogió la colilla del cenicero de metal con la imagen



de que es buena para justificar un artículo durante el veraneo, pero nada más. Todos lamentamos el que no hay «toros», mas nos conformamos con que no los haya, pues preferimos haya para siempre agua en Cebros y menos suciedad, menos suciedad y menos esclavitud en la «fuente».

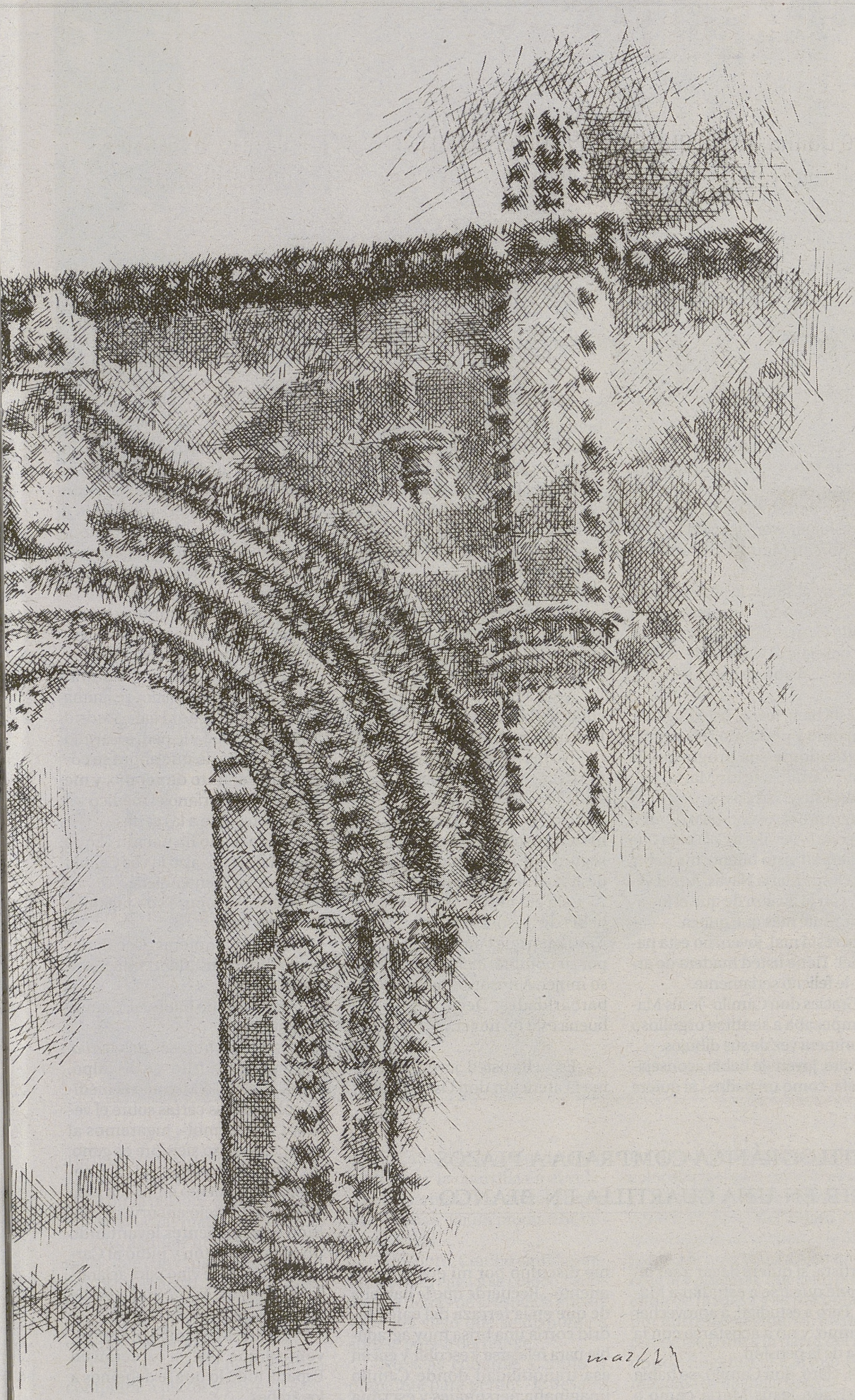
«Si Cebros tiene por costumbre que en Agosto se lidien toros de muerte y esta «costumbre» se ha interrumpido por serias causas algún año, reconozcamos que las de 1948 son realmente serias y fundadas. Por otra parte, la lidia no es para todos, sino para quienes puedan pagar por verla.

«Dejando a un lado, posturas líricas, adoptaremos la falangista de nuestra austeridad de «costumbres», para hacer más grata la vida

de nuestras villas y aldeas y más respetable. Si este año no se arreglan las cosas para que haya toros, el pueblo de Cebros y sus autoridades lo sentirán, mas éstas no tolerarán que nadie adopte actitudes «de la historia». Por ello censuran a quien con ligereza, de una sección de colaboradores de un periódico falangista, ha hecho tribuna para la algarada. Y quizá el caso de Cebros se tenga que repetir en otros pueblos de la Provincia de Ávila... y entonces será, cuando empezaremos a trabajar en serio para levantar esta tierra castellana, tan rica en costumbres y tan sórdida en sus servicios comunes y humano bienestar.

«- Firmado.- Luis Valero.-»

Camilo nos dejó leer esta carta a Mariano y a mí en el café Madrid, jugando al mus, y no me extraña-



ría que, como consecuencia de esto, le despidieran del periódico, porque Camilo siempre se quejaba de que le habían echado del periódico sin agradecerle los servicios prestados. ¿Te acuerdas Óscar -participa doña Pepita, que había estado recordando escenas mientras oía a su marido-, cuando yo me quedaba sola en casa porque estaba mal visto que las mujeres entraran en los cafés? ¡Qué valiente fuiste, Pepita! -la aplaude su marido-. Tenían ustedes que haberla visto. Me dijo Óscar yo no me quedo en casa más tardes sola y aburrida: si tú vas al café, yo contigo. ¡Pero, Pepi, si vamos a jugar al mus! Bueno, Óscar, pues lo intentamos y si no nos dejan jugar mus vamos. Y se vino al café Madrid y aprendió a jugar al mus, porque, claro, qué iba a hacer allí en el café mirándonos. Sí, y luego me hice una experta -presu-

me ella-. Yo creo que mi mujer fue la primera en España que aprendió a jugar al mus -aventura don Óscar-. Así es -confirma doña Pepita-, y enseñé a jugar a todas las

EN ESO ENTRÓ DON ÁUREO ESTÉVEZ, SEGUIDO DE OTRAS CINCO SANTIDADES, EN UN REMOLINO DE SOTANAS NEGRAS

mujeres de la Moraleja, y antes a un montón de damas que iban a asistir a un campeonato que la duquesa de Alba organizaba en su palacio. ¿Y eso?, -finjo estar impresionado-. A la duquesa de Alba le gustaba mucho jugar al mus -participa don Óscar-, que lo había aprendido de niña jugando con los campesinos, y quiso organizar un campeonato de mujeres, pero, resulta que ninguna dama sabía ju-

gar, excepto mi mujer; entonces, la duquesa le pidió que enseñara a sus amigas para poder organizar el campeonato. Y desde ese momento el mus dejó de ser conside-

una gran barra enfrente y varias filas de veladores de mármol a ambos lados. En fin una obra de arte que, supongo, habrá desaparecido ya, como tantas cosas que merecía la pena conservar. Pues, sí, es una pena -me duelo-, no queda nada de lo que usted recuerda, ni por asomo. ¿Sabe usted, joven -me revela don Óscar-, por qué le conocían como «el café de Cartujo»? No, no -contestó-. Pues, Camilo -se extiende don Óscar-, fue el que le apodó así al dueño. Camilo era, entre otras cosas un coleccionista de apodos y al que tenía uno se lo respetaba, que el pueblo es muy sabio a la hora de bautizar a sus vecinos, pero al que no lo tenía, él mismo se lo endiñaba. Escuche:

Era el día de san Roque, día después de la Virgen de agosto, cuando los curas de los pueblos vecinos venían a arropar en la misa al párroco de Cebros don Áureo Estévez, como él habría de ir, antes o después, a corresponderles en las fiestas de sus respectivos pueblos. Don Áureo Estévez, hombre muy dado a los enjuagues y devoto del buen vino cebrereño, quiso cumplir con sus correligionarios invitándolos a un vaso en el café Madrid, que era el más decente, el más temeroso de Dios, y, por qué no reconocerlo también, el que servía los mejores pinchos de aceituna con tripa de anchoa.

-Don Camilo, ¿es que no para! -se acercó Eugenio hasta el velador donde Camilo se afanaba con sus cuartillas desordenadas.

-¿No trabajas tú todos los días en tu pequeña-gran industria? Pues, igual yo en lo mío -le contestó Camilo sin levantar la vista de sus cuartillas-. Escucha esto: «El escritor, que no tiene esta temporada el ánimo hecho más que para mirar y andar, aleja de su cabeza los pensamientos, y en el pueblo donde no hay agua pide más vino, que bebe ya casi con sabiduría; sana lección que va aprendiendo poco a poco a fuerza de patearse Castilla un pie tras otro, legua a legua, de prado a hocino, de garganta a cabeza, de venero a barbechera, de lagar a lagar...»

En eso entró don Áureo Estévez seguido de otras cinco santidades, en un remolino de sotas negras y cuellos blancos sudorosos, y se dirigió al cantinero.

-Anda, Eugenio, hijo, sírvenos algo con sustancia a los padres y a mí. ¿Qué tal unos vasos de ese tostado del Tío Claudio que tanta fama ha cobrado en la capital de España?

Eugenio se volvió y se puso en alerta, como un recluta que oye la voz del sargento que llama a filas, mientras Camilo, más relajado que Eugenio, escrutaba de arriba abajo a los venerables.

-Mira, Cartujo -afirmó Camilo con guasa, apuntando al grupo de curas-, aquí tienes a unos de tu hermandad.

Don Áureo Estévez, más crédulo de lo normal, aunque no demasiado sorprendido, que por algo era el café más decente del pueblo, se acercó a Eugenio con ademanes de abrazarlo, como un padre que se reencuentra con el hijo pródigo.

-Pero, ¿desde cuándo perteneces a la Orden, hijo? -se alegró el cura.

Eugenio se contuvo, mirando a Camilo para ver si le sacaba del lío en el que le estaba metiendo. Don Áureo Estévez, observando que Eugenio se había arrugado hasta confundirse con el mandil, quiso salir de dudas y se plantó delante de Camilo con los brazos cruzados a la altura del pecho.

-¡Sí, hombre, sí! -aseguró Camilo-. En otra época perteneció a la Orden, ¿no veis que tiene el hablar cartujo, mirando para el suelo? -el grupo escrutó a Eugenio de los pies a la barbilla-. Lo que pasa es que colgó los hábitos para despachar bebidas, que en todos los sitios se puede servir bien a Dios.

Desde luego, pasamos grandes tardes en el café del Cartujo -repasa don Óscar evocando muchas imágenes en su interior-, y ya sabe usted que hubo una generación de escritores, ahí tiene al recién fallecido Pepe Hierro, que escribía en los cafés. Cuando se quedaba en Madrid, Camilo iba mucho al café Gijón, donde formaba tertulia con Fernán Gómez, fundador y patrocinador del premio de novela corta Café Gijón, pero, en Cebros, alternaba siempre en el café Madrid, donde se reunía con Mariano el médico, conmigo y con otros cuantos que teníamos carrera, muy pocos más, la verdad sea dicha, y algunos hasta la habían hecho con jamones y arrobas de vino. En ciertas ocasiones también íbamos al café de la Isabelilla, donde se reunían el notario, el juez, el registrador, el secretario del juzgado y el secretario del registro. A veces, existía un pequeño pique entre nosotros que se dirimía pacíficamente en la calle con un cruce de miradas. Una vez recuerdo que el notario, con el que Camilo tampoco se llevaba nada mal, nos invitó al café de la Isabelilla y nosotros le convencimos para que viniera al café Madrid:

-Don Camilo, me alegro de verle de nuevo en el pueblo -se cambió el periódico a la mano izquierda para ofrecerle la derecha a Camilo.

Camilo estrechó la mano que le ofrecía el señor notario.

-Yo también me alegro de verle, don Antonio.

-¡Qué, huyendo de la ciudad! -se interesó el notario con la mejor de sus sonrisas-. Por cierto, no olvides avisarnos el día en que se estrene El sótano. Aunque sea un viaje rápido, iremos. De paso nos enseñes tu nueva casa, que nos ha dicho Marianillo que te has mudado.

-Sirve unos vasos, Cartujo -pedí yo para celebrarlo.

-La verdad sea dicha -confesó Camilo-, a veces me pregunto por qué vengo los veranos a Cebros, con lo bien que se está en Madrid en esta época.

-Hombre, tanto como bien... -puso en duda en señor notario.

Cartujo sirvió tres vasos de vino rosado y un platillo de aceitunas con tripa de anchoa.

-El verano es el tiempo de la ciudad, ¡créeme Antonio!, es el momento cuando la ciudad se muestra desnuda y bella. Aunque siempre tendré que reconocer que, mientras la ciudad me niega el pan, en los caminos siempre encuentro a alguien dispuesto a

compartirlo.

El señor notario dejó *El Diario de Ávila* doblado sobre el velador, se sentó en la silla de madera barnizada y apagó el cigarro en el cenicerito vacío.

-¿Puedo? -señaló Camilo el periódico.

-Por supuesto, aunque para lo que dice...

-Yo me desvivo por la página de sucesos -se animó Camilo- donde se detallan con meticulosidad de entomólogo los asesinatos, las violaciones, los atropellos. Amigo Antonio, los sucesos se nos brindan a las pobres almas contribuyentes como bálsamo necesario para sentirnos afortunados, para agradecer la suerte que tenemos. ¡Lástima que la censura sólo permita publicar los que sirven de ejemplo!

El Cartujo pasó cerca de nosotros, tratando de meter baza, con la excusa de salir a recoger algún servicio. De pronto, Camilo tapó el cenicerito con el periódico abierto por la hoja de sucesos y el notario se bebió de un trago su vaso de vino.

-Bueno, don Camilo, me alegro de verle -y se levantó de su asiento, volviendo a ofrecerle la mano-. Me marchó, que me quedan un montón de pueblos por hacer.

-¿Se va tan pronto? -se sintió decepcionado Camilo por no poder disfrutar más tiempo de una buena conversación.

El Cartujo metió los dedos en el vaso vacío del notario, buscando con la mirada nuestros vasos, todavía sin agotar, y el cenicerito tapado por el periódico.

-Ya tomaremos otro vaso con más tiempo la próxima semana -le prometió el señor notario.

-Cuando usted quiera, don Antonio -aceptó Camilo de buen grado.

-Adiós.

-Adiós.

El Cartujo se dio también la vuelta para despedirse. En eso, Camilo retiró el periódico y, levantándose a la carrera, cogió al vuelo la colilla del cenicerito.

-Don Antonio, don Antonio, que se olvida usted el periódico.

El señor notario, que ya estaba cruzando la puerta del café, se dio media vuelta.

-Quédeselo, que yo ya lo he leído -resolvió con un ademán del brazo.

Camilo regresó a su asiento y se encendió la colilla, satisfecho, relajado. Dio una amplia calada y luego soltó el humo en forma de aros, primero más grandes y luego más pequeños. Arrellanado en la silla, bajo la figura suspicaz de Cartujo, Camilo dio la última calada a

la colilla, quemándose los labios y las yemas de los dedos.

-Buena gente es este notario -aseguró Camilo, ufano.

-Sí, lástima que no haga más gasto -se quejó Eugenio, limpiándose las manos en el mandil.

-Sí, lástima que no fume pitillos de a noventa.

En algún apunte -añado, para dar mi información al respecto-, asegura Cela que eligió el café Madrid porque era el único que tenía retrete en el pueblo, y ya estaba cansado de hacer geometrías en el corral de su casa o en la cuadra, junto a la mula torda o al borrico pardo. Pues sí, ¡créalo!, joven -se sonrió don Óscar-. Camilo, después de más de ocho operaciones en el trasero (él aseguraba que padecía «cachitis», la enfermedad que atacaba al escritor, al jinete y al ciclista), recordaría estremecido aquellos años de Cebreros sin retrete, en el que el «noble menester de la evacuación venía condicionado por factores externos que hacían ingrato lo que, en buen orden, fuera deleite del bandujo y sosiego de todo el organismo», y el café Madrid, al no haber comodidades en las casas, sobre todo a primera ho-

bajo.

-No, don Camilo, son los primeros que pinto -se disculpó Jesús María.

-Qué pena que no tengas más. Podría haberte organizado una exposición en Madrid -se lamentó Camilo.

Mientras tanto, los tres botones de las tres fondas correteaban por la calle Generalísimo, pegándose por conseguir al viajante de comercio que acababa de llegar a Cebreros.

-Está bien, joven, usted siga así, dibujando y pintando, y continúe mostrándome sus progresos -le animó Camilo a Jesús María, volviendo a sus cuartillas.

Siempre que pintaba o dibujaba algo se lo llevaba a Cela para que me diera su visto bueno, me había dicho Jesús María Navas. Aquel verano, con la ilusión de que él lo valorara, pinté más que nunca.

-No está mal, joven, no está nada mal. Tiene usted madera de artista -le felicitó seriamente.

-Gracias don Camilo -Jesús María empezaba a sentirse orgulloso por primera vez de sus dibujos.

-Mire, joven -le había aconsejado Cela, como un padre-, si quiere

bién a su madre, que prefiera que usted se asegure algo, porque en el arte todo es inseguro, el arte es el terreno de la inseguridad... Ser artista significa sacrificarlo todo. Yo puedo presumir de ser uno de los tres artistas en España que viven de su arte.

En eso salió el Cartujo a servir a Cela y llegó el Sapo, el botones de la fonda Unión, quejándose de que el botones de la fonda Alberche le había quitado al viajante.

-Vete a hacer puñetas, Sapo -chilló el Cartujo-, y deja de molestar a mis clientes.

-No me molesta, Cartujo -le calmó Cela-. Además, ¿sabes tú lo que significa «hacer la puñeta»?

-No, no, no. Don Camilo, no se moleste usted en explicármelo, que seguro que es una barbaridad -se deslizó el Cartujo dentro del bar.

Cela era muy escandaloso, me había dicho mi amigo Jesús María Navas, porque llamaba a las cosas por su nombre, incluso delante de su mujer. A nosotros nos parecían barbaridades. Decía: «mira qué buena está mi mujer...»

¿Escucha usted, joven? -me llama la atención don Óscar-. Sí, sí -

ras, mientras se tomaba el pincho de tortilla, el vaso de tintorro, o mientras jugaba por la tarde al mus, al quinientos o al gilé con aquel que estuviera dispuesto a perder. A veces, cuando nos aburríamos de los naipes, jugábamos al billar, que estaba al fondo a la derecha.

Don Óscar se sonrió, se ha debido de acordar de algo que le hizo gracia, y mira a doña Pepita. Montse y yo también nos miramos. Una tarde de estío -se anima don Óscar- llegué al café Madrid con mucha sed y le pedí a Cartujo una furigaña, lo que ahora se conoce como tinto de verano, y me encontré a Mariano el médico y a Camilo jugando a las cartas.

-Todavía no ha nacido el que me gane al gilé -alzó la voz Camilo para que yo le entendiera.

-Mejor -propuse yo-, jugamos al quinientos.

-Como tú quieras, Óscar, pero hoy no he traído ni una perra chica.

-Ya va siendo habitual, Camilo -me quejé.

-Son esos morosos del *Arriba*, que me tienen frito -se disculpó.

-No -decidió Mariano el médico soltando las cartas sobre el velador de mármol-, jugaremos al billar, que a eso siempre os gano.

Estábamos solos en el café, pero en ese momento entró con gran esfuerzo un viejo encorvado. Saludó a los presentes levantando un poco el bastón y pidió al Cartujo un chato de vino para aclararse la garganta seca de andar desde los poyos de la Iglesia Nueva.

-El café, Marianillo, noble invento árabe. ¡Ay!, si supieran en España todo lo que le debemos a los árabes...

-Pues, sí, Camilo, el café y tantas otras cosas.

-Vamos a sentar cátedra en este noble café del Cartujo -afirmó Camilo y miró de reojo al cantinero-, qué os parece, ¿eh? Es lástima que el café languidezca para los malditos escritores del café. Por cada café que se cierra, se abren dos cafeterías, que, dicho sea de pasada, son más caras que el café.

El viejo se tomó de un trago el chato de vino, se limpió la boca con la manga empolvada de la chaqueta de pana y se encaminó, arrastrándose sobre sus zapatillas de noche, hacia el retrete.

-El café es la calma, el reducto o la guarida de la calma, el templo donde el calmoso quema su calma con lentitud y con la ostentación de un nuevo rico de las horas que le sobran, de las horas que sin el café no sabría qué hacer con ellas.

-Me parece muy bien, pero mejor si echamos un billar, que es

CAMILO SACÓ SU ESTILOGRÁFICA COMPRADA A PLAZOS Y EMPEZÓ A ESCRIBIR EN UNA CUARTILLA EN BLANCO

ra de la mañana, cuando todo el mundo estaba trabajando en el campo y sólo los niños, los maestros y el párroco pululaban por las calles del pueblo, era el lugar ideal para escribir. También en la terraza, después de la siesta, corría una brisa muy agradable para relajarse y escribir...

Mientras escucho a don Óscar me acuerdo de mi amigo el pintor Jesús María Navas que una vez me dijo que Cela solía ir a escribir a la terraza del café Madrid después de comer, y era allí donde él le recordaba escribiendo y dónde una vez le abordó. Yo era muy joven, me había dicho Jesús el pintor, y sabía que Cela era un personaje conocido y muy importante, así que, una tarde, animado, me presenté en la terraza con mis primeros dibujos y bocetos, y cómo, inesperadamente, Cela se interesó por mí y hasta me propuso exponer en Madrid:

-Mire, don Camilo, estos son mis dibujos -le había enseñado Jesús María Navas en la terraza del café, con los nervios del chiquillo inexperto que se acerca al sabio experimentado.

-Buenos, muy buenos, joven. ¿Tiene usted muchos? -se interesó honestamente Camilo por su tra-

ser artista, si quiere llegar a ser algo, tiene que irse a estudiar a Madrid. ¡Pero a estudiar!, a aprovechar el tiempo, y no a acostarse con la criada de la pensión...

-Sí, claro, don Camilo -se había ruborizado Jesús María como a quien pillan in fraganti.

-Mire, yo estoy escribiendo ahora una novela que tiene más personajes que el listín telefónico; y eso es a base de darle y darle, de dedicarle todo tu tiempo -y le mostró un mazacote de cuartillas.

Jesús María Navas estuvo todo el verano tratando de convencer a su madre para que le dejara hacer lo que más le gustaba, convertirse en artista y dedicarse al arte en cuerpo y alma. Una tarde, ya un tanto desanimado, al pasar enfrente del café Madrid Cela le llamó:

-Qué tal, joven, cómo van esos dibujos -le recordó su compromiso con el arte.

-Pues, ya ve... He hablado con mi madre de lo que usted me ha dicho estos meses y me ha convencido para que me presente a unas oposiciones al Estado, y que deje el arte para mi tiempo libre de las tardes. Lo siento, don Camilo.

-Le entiendo, joven, le entiendo y le comprendo, y comprendo tam-

me disculpo por mi ensimismamiento-. Recuerde que le hablaba de que en la terraza del café Madrid corría una brisa muy agradable para relajarse y escribir y era en esa tranquilidad donde Camilo imaginaba personajes y escribía artículos. Quizá el café fuera para él una especie de laboratorio, en el sentido literal del término, lugar para trabajar, inventar y caracterizar personajes, un auténtico filón de tipos raros y extravagantes de los que tanto le gustaba coleccionar. O sea que puede que La colmena se la inspirase el café Madrid -intervengo yo, como quien descubre de repente el eslabón perdido de su investigación-, ¿no, don Óscar? No le quepa ninguna duda, joven. Aunque la novela transcurriera en el Madrid de 1942, muchas escenas se las inspiró el café Madrid de Cebreros. Además, si bien es cierto que la novela la empezó en el 1945 y la terminó en el 1946, que fue cuando se la rechazó la censura, luego volvió sobre ella precisamente durante los años que pasó en Cebreros, escribiendo en el café Madrid y en mi casa de la calle de los Mesones. Ése era el café donde Camilo soltaba su caña de pescar motes, refranes, metáfo-



a lo único que os gano -insistió Mariano el médico.

Al oír la palabra «billar», el Cartujo se llevó las manos a la cabeza.

-No, al billar no -protestó Camilo-, que con el palo me siento un lancero medieval. Jugad vosotros, si queréis. Yo prefiero escribir un rato, mientras oigo la música de vuestras carambolas.

Camilo sacó su estilográfica comprada a plazos y empezó a escribir en una cuartilla en blanco.

-El café es la divagación, el escaparate, la vitrina y el anuncio de la divagación, el palenque donde el vago divaga, igual que un artesano de las ideas vagas y vaporosas, de las ideas que forman el aire del café, su atmósfera y su ambiente. La cafetería no permite el divagar. En las cafeterías, al que divaga lo pisan esos hombres de aire superatareados y cartera bajo el brazo.

-¿Por qué no te compras una máquina de escribir, Camilo? -le sugirió Mariano el médico.

-Oye -le echó en cara-, que yo soy un escritor de solemnidad. A ver si te crees tú que todos tenemos un sueldo de médico, o que somos Ignacio Aldecoa.

-¿Quién es ese? -preguntó Mariano sin importarle mucho la respuesta, y se puso en pie-. Venga, vamos a echar ese billar, que te doy unas clases.

-Un amigo del Gijón. ¡Oye, es-

pera! -Camilo se levantó, dejando su pluma y la cuartilla en el velador de mármol-. Por cierto, ¿sabéis que vamos a dar un premio? Sí, como el Nadal.

De pronto, Camilo sintió aperturas en la vejiga y se colocó bailoteando detrás de la espalda encorvada del viejo que se disponía a abrir la puerta del retrete.

-No seas cobarde, Camilo, y prepárate para perder -le desafió Mariano.

El viejo entró a duras penas en el retrete y se puso enfrente del lavabo. Camilo se desabrochó la bragueta y se metió corriendo en el cuartucho del inodoro. Olía a orín y a cerrado, pero el retrete aún permanecía limpio a esas horas de la tarde. Al salir, abrochándose la bragueta, Camilo mencionó las ma-

tes -le advirtió Mariano mientras colocaba las bolas sobre la mesa.

Camilo se ensalivó las manos, agarró el palo del billar, como quien agarra un azadón, y le dio tal golpe a la bola blanca, con tan poco arte y puntería, que saltó por encima de la mesa y se fue botando por entre los veladores, hasta estamparse contra la barra del café, donde Eugenio el Cartujo se lamentaba de su mala suerte.

¡Pobre Cartujo!, don Óscar -me apiado del cantinero-. Sí -se duele don Óscar-, Cartujo temía a Camilo, y eso que fueron buenos amigos, tan amigos que Camilo le nombra en varios apuntes y escritos. Pero Camilo le apreciaba sinceramente: al dueño del café y al velador que le prestó en una ocasión para que pudiera escribir a

la, camino del retrete, se lo encontró llorando de impotencia en un rincón del café y se apiado de él. Pues, ya le digo, joven -me interrumpe don Óscar descreídamente-, que no me acuerdo del tal Ángel. Puede que fuera uno de los que ayudaban al Cartujo o que yo le confundiera con uno de sus hijos. Ángel el camarero -prosigo mi información- me contó que Cela se asustó al verle llorando y se interesó por él:

-¿Qué haces ahí, Ángel? -le ofreció Cela el brazo.

-Naa, pues, ya ve -sollozó Ángel tragándose las lágrimas, sin moverse del sitio.

-Hombre, por algo llorarás... ¡Cuéntame! -y se agachó Cela a su altura.

Ángel, al principio, se resistió,

saltó Cela cándidamente-. Ya hablaré yo mañana con Cartujo.

-Ese es el trato -se lamentó Ángel, mientras se enjugaba las lágrimas con la manga de la camisa-. Hable si quiere.

Al parecer, don Óscar, según me contó Ángel el camarero, Cela se puso en pie y se quedó pensativo. Luego le acercó de nuevo la mano para ayudarlo a levantarse del rincón y se marchó a la terraza en donde le esperaban su mujer y sus amigos; entonces les apremió:

-Vámonos, Charo, que es muy tarde y tienen que cerrar.

A partir de aquella noche de agosto, Cela no volvió a quedarse hasta esas horas en la terraza del café. Ángel se lo agradeció siempre y le tuvo en gran estima, aunque, según me contó, nunca entenderá por qué Cela no vino más a menudo a Cebberos a ver a la gente con la que tuvo tanto trato. Tampoco entenderá Ángel, ni siquiera ahora a sus ochenta y cinco años, por qué se difundió el nombre de Cela ligado a la Alcarria y no a Cebberos. Recuerdo, don Óscar, cómo Ángel el camarero entornaba la vista y me decía que estaba viendo el café en el que trabajó durante su juventud, las veintidós mesas llenas, unas veces con el café de algún bautizo y otras con el chocolate de dos bodas, que no sabía para qué boda eran unas mesas y para cuál otras,

A PARTIR DE AQUELLA NOCHE DE AGOSTO, CELA NO VOLVIÓ A QUEDARSE HASTA ESAS HORAS EN LA TERRAZA DEL CAFÉ

ñas del anciano para lavarse con una mano la dentadura postiza, que yo le había puesto hacía poco tiempo, y agarrarse con la otra al lavabo. Enfadado, Camilo cogió un palo de billar y untó la punta de tiza, mientras el Cartujo seguía de piedra, las manos sobre la cabeza, como si alguien le apuntara con una escopeta de caza.

-Y no hagas el bestia, Camilo, que el Cartujo no gana para tape-

gusto. También fue amigo de Ángel -le descubro a don Óscar-, el que fue camarero del café Madrid durante muchos años. ¿No lo recuerda, don Óscar? Pues, ahora mismo, no, joven. He hablado varias veces con Ángel el camarero -les indico y siempre se quejaba de las dieciséis horas que trabajaba en el café Madrid (agradecido, además, por poder dar de comer a sus hijos). También me contó que una vez Ce-

pero, luego, amparado en la oscuridad y como tenía confianza con él, se desahogó:

-Mire usted, son las tres de la mañana, está to apagao y yo tengo que esperar aquí hasta que ustedes quieran, que pa eso son tan buenos clientes... Y a las diez de la mañana, otra vez aquí, plantao, y sin ver a mis hijos más que cuando están dormidos.

-¡Pero eso es ilegal! -se sobre-



y el reservado después de medianoche en el que se jugaba al gilé, al cané o al mus ilustrado, que era donde más perrillas se sacaba de propina, porque la gente se jugaba los dineros. Y Ángel el camarero, harto de trabajar para el Cartujo, decidió un día irse a vivir a las casas que se estaban construyendo en el Mancho (cuando se veía mal que una pareja pasara más allá del Chorrito, enfrente del prado de la hermana de la alcaldesa, donde recuerda a unos curas trillando, con la sotana blanca por el polvillo), y montar su propio bar. Desconozco esa escena, joven -continúa don Óscar con su actitud descreída-; seguro que no estaba yo aquel día con ellos. Pues, fíjese, don Óscar me envalentono-, que Ángel aún sentía el peso a sus espaldas del velador de mármol que bajó a cuestras aquella tarde de verano cuando su jefe, el Cartujo, le mandó con el recado de llevarlo a la casa que el escritor tenía alquilada en el barrio del Azoguejo, velador que le prestó el dueño del café Madrid a Cela para que pudiera seguir escribiendo a gusto una de las obras más grandes de la literatura universal. Bueno, joven -porfía don Óscar, como si jugáramos a ver quién sabe más, pues vea hasta qué extremo llegaba el fetichismo de Camilo que, unos años más tarde, cuando se mudó a Mallorca, le reclamó a Eugenio el Cartujo que le enviara el famoso velador, y Eugenio, que por entonces había traspasado el café y vendido sus muebles, lo estuvo buscando por varios pueblos del Valle del Tiétar, hasta que en Escarabajosa encontró a quien se lo había vendido en Escalona (Toledo), a donde fue a parar, y por fin en Torrijos dio con él, pagó el doble de su valor al nuevo propietario y se lo envió a Mallorca a través de su hermano Jorge Cela en Madrid. De esto habla Camilo -señalo yo, presumiendo de conoci-

mientos- en algún apunte y también lo corrobora su hijo en Cela, mi padre, donde dice algo así como que detrás de la fachada de distante impertinencia que adoptaba a menudo ante los extraños, Camilo José Cela era, en el fondo, un sentimental. Me consta, don Óscar -ataco de nuevo-, que Eugenio el Cartujo le guardaba mucho cariño a Cela, según me dijo uno de sus sobrinos que fue testigo de una escena en el café de su tío:

-¡Dita sea! Don Camilo. ¡Va mañana sosa! -protestó el dueño.

-Si tú lo dices, Cartujo... -le dio la razón Cela, sin dejar de escribir. -No he vendido ni un chato, y encima este dolor de tripas -y se apretó la boca del estómago.

Cela seguía con la vista clavada en su bloc de notas y concentrado en el trazo lento pero segu-

ros a la fonda Unión, ubicada en la planta de arriba del café, paseaba su barriga de un lado para el otro ofreciendo hospedaje a los pocos forasteros que descargaba el autobús. Al final, le arrancó el maletín de las manos a un hombre regular de trajeado y le guió por las escaleras arriba de la fonda.

-¡Va un aburrimiento! No sé qué es lo que ve usted en el papel -continuó el Cartujo su particular saeta de quejas.

Cela se removió en el asiento, sin levantar la vista de la cuartilla salpicada de borrones y de palabras unas encima de otras.

-A mí me viene bien, Cartujo. Sin tranquilidad no se puede escribir. Anda, lléname otra vez la copa de 103 para que amortices la mañana, y apúntamelo.

vete olvidando del dolor de estómago, que yo mandaré el recado a un amigo que piensa ir pronto a Holanda, ahora que han abierto la frontera con Europa, para que te traiga Rotter.

Y se lo trajo -le aseguro a don Óscar-; se lo prometió y lo cumplió, por eso no es de extrañar que Cartujo guardara un buen recuerdo de él, me había dicho su sobrino. Otro vecino del pueblo, buen cliente del café Madrid, me reveló que Cartujo recordaba a Cela como a un joven tremendamente listo, muy difícil de engañar, con el que no se atrevía a tomarse ciertas licencias, habituales, por otra parte, en épocas de escasez, como aplicar la economía del limón usado, o el vuelco encubierto del plattillo sobrante de aceitunas. Demasiadas horas en el café y demasia-

-No, no me sirvas -soltó Cela con un rictus compungido-. Dame la botella, que me la llevo a la mesa.

Al Cartujo se le agolpó de pronto la sangre en las mejillas. Cela se hizo el tonto y se sentó, con el bloc de notas de la mano, junto a su velador preferido. El Cartujo también se incorporó a sus tareas, canturreando una de Machín, para disimular, que contrastaba con el fervor chirriante de los grillos tostados al sol de la tarde de Santiago.

-¡Qué me estás dando, Cartujo, hombre!, ¿es que esta botella no merma nunca? -se enfadó Cela.

La sangre volvió a enrojecer violentamente las mejillas de Cartujo. Cela se levantó, llevando la botella de 103 cogida por el cuello, como estrangulándola, y se la mostró a su dueño.

-El lunes, mosqueado, y aprovechando que te fuiste al retrete, le hice una raya a la botella por aquí, con mi pluma -le mostró muy en serio.

El Cartujo temblaba, las manos húmedas de lavar unos vasos, los ojos saltones, como a quien han pillado in fraganti, la saliva atascada a la altura de la nuez.

-Desde el lunes me he bebido tres copas (bien es cierto que todavía no te las he pagado), ¿y cómo es que está hoy por encima de la raya? ¡Te pienso denunciar a Sanidad! -le amenazó, para meterle miedo en el cuerpo.

Cartujo tragó saliva y se quedó pensativo, simulando no saber de qué le hablaba.

-Ni se te ocurra rellenarme otra vez la botella -le advirtió Cela muy en serio-, ¡o la tenemos! El garrafón se lo endiñas a quien mal quieras, pero no a un amigo.

*Cuarta entrega,
el próximo domingo.*

AL CARTUJO SE LE AGOLPÓ DE PRONTO LA SANGRE EN LAS MEJILLAS. CELA SE HIZO EL TONTO Y SE SENTÓ, CON EL BLOC DE NOTAS DE LA MANO, JUNTO A SU VELADOR PREFERIDO

ro de sus letras.

-Usted se pasa toa la mañana leyendo, pero yo sin trabajar no sé c'acer -continuó incordiándole.

-Anda. ¡Límpiame otra vez el velador! -se compadeció Cela, y levantó el bloc y la jarrita de agua para facilitarle el trabajo.

El Cartujo, compungido por el dolor de estómago, levantó el vaso y recogió con la bayeta el agua derramada sobre el mármol.

En eso llegó el correo con una hora de retraso y las ballestas destempladas, y por la puerta del café, abierta de par en par, se coló un chirrido de frenos humeantes y un calor de bielas extenuadas. A través de la cortina hecha jirones se advertía el ajetreo de piernas y el alboroto de maletas. El Sapo, como encargado de atraer viaje-

En eso, entró el Sapo en el café, tocado con su gorra de la fonda Unión y contento por haber conseguido atraer a un par de viajeros.

-Mira, Cartujo. Te presento al Primer Introdutor de Embajadores de Cebberos, Barón de las Torres y Medidor de Vinos.

-¿De ande se saca usted esos nombres, don Camilo? -le atosigó de nuevo - ¡Siempre poniéndole motes a too!

-Ven, acércate, Cartujo, y cuéntame qué te pasa en el estómago -se riñió Cela, comprensivo, olvidando a Martín Marco, paliducho, en la puerta del café de doña Rosa.

-No es naa, que me lleva pa'l arrastre -se lamentó Eugenio, doblado.

-¡Bueno, sírveme esa copital, y

do observador como para dársela con boniatos:

Recién comida la dieta impuesta de la posguerra y con el pelo planchado por una rápida siesta sin compañía, Cela se presentó en el café Madrid. Traía el bloc de notas en una mano y con la otra se palpaba la barriga, seguramente por la acidez de los higos de la tía Seve.

-Caro Cartujo, hoy soy yo el que viene a ti en busca de ayuda -gimoteó, paliducho.

Cartujo puso cara de compasión.

-Anda, saca esa botella de 103 que tienes guardada para mí -le rogó.

El Cartujo se agachó a por una copa de licor y una botella de coñac colocada detrás de otras de aguardiente.

Patrocina:

Excmo. Ayuntamiento de Cebberos

"Cebberos es lo que se dice un pueblo importante, rodeado de viñedos de verde color manzana y de olivares grises como la luz del invierno"

Camilo José Cela

Plaza de España, 1 - Tel. 91 863 08 28 - Fax 91 863 00 87 - Cebberos (Ávila)

